

El Señor Presidente desea que los socios se ocupen de asunto tan importante como es la constitucion médica, y den cuenta de sus observaciones.

Se anunciaron los turnos de lecturas para las sesiones próximas, y se levantó la presente, á la que asistieron los Sres. Reyes D. José María y D. Agustín, Lavista, Andrade, Hidalgo Carpio, Soriano, Martínez del Rio, Semeleder, Gutierrez, Laso de la Vega, Bandera, Orvañanos, San Juan y el Secretario.

RAMON LOPEZ Y MUÑOZ.

---

## CRONICA MEDICA.

---

EL SR. DR. D. ADRIAN SEGURA.—Este Señor nos remite para su publicacion lo siguiente:

Casa de vdes. Mayo 4 de 1877.—Señores Redactores de la «Gaceta Médica.»—Presentes.—Muy señores míos:—El dia 30 del mes próximo pasado envié al Sr. D. Juan Pablo de los Rios la adjunta carta, y como hasta ahora no la ha publicado, tengo el derecho de presumir que se propone no hacerlo. Ignoro cuáles sean las razones que haya tenido para no cumplir con este deber de caballerosidad.

Como mi reputacion de Profesor en la Escuela de Medicina, y la de Médico, se encuentra altamente lastimada, suplico á vdes. tengan la bondad de dar cabida en las columnas de la «Gaceta Médica» á la adjunta rectificacion; favor que nunca olvidará su afectísimo amigo y S. S.—*Adrian Segura.*

Casa de vd., Abril 26 de 1877.—Sr. D. Juan Pablo de los Rios.—Presente.—Muy señor mio:—Por la segunda y última vez tomo la pluma para contestar á los comentarios que acerca de mí hace vd. en el Boletin del «Monitor Republicano» de ayer.

Aunque esta carta pueda dar lugar á discusiones, diré á vd. que no entraré en ellas, porque mis ocupaciones me lo impiden, sobre todo en un diario político.

Dice vd. que si he dicho que *«la homeopatia, tal como la juzgan sus fanáticos sectarios nunca se sentará en el templo de la Ciencia,»* es porque he acudido á esa negativa, como á un recurso supremo, para evitar ante los adversarios de la doctrina homeopática el ridículo en que incurre todo aquel que se atreve á aceptarla públicamente.

Le perdono á vd esta aseveracion porque no me conoce personalmente. Soy franco hasta el defecto; siempre hago alarde público de mis opiniones, sin que me arredre nunca el ridículo que no temo, cuando obro obedeciendo á los impulsos de mi conciencia.

Cree vd. probar su aserto diciendo: «que si no soy homeópata estoy muy próximo á serlo, pues que ya he encontrado realizada una teoría que llaman absurda los que la oyen citar sin estudiarla.» Para decir esto se apoya vd. en que dije en mi carta que «respecto del *similia similibus curantur*, sin que yo la considerara como una ley, reconocia que en muchos casos es una regla de conducta práctica que debemos seguir.»

Vamos por partes, Sr. Redactor. No puedo haber encontrado realizada esa teoría, porque nunca la he considerado como tal. Lógicamente hablando no es ni será nunca una verdadera teoría científica. He dicho que la considero como una regla de conducta práctica, y al seguirla hacemos como con otras de igual género, lo que se llama la *Medicina empírica y ecléctica*. Además, aunque yo la siguiera, no por esto se me podría tachar de homeópata; porque los mismos libros de homeopatía se empeñan en probar que esta idea germinó en los cerebros de Hipócrates, Paracelso y otros, y que existe todavía en los autores contemporáneos, aunque con otros nombres, tales como medicina *sustitutiva, revulsiva, alterante, etc.*

Todos los médicos usamos esta medicacion, y sin embargo nos distinguimos de los homeópatas por la *idea* que nos guía en nuestras prescripciones.

Dice vd. que aún voy más allá, porque «arrastrado por la fuerza de la verdad práctica no me limito á dar á conocer la *homeopaticidad*, aunque declarando que no es á ella á quien se deben los éxitos, sino que desciendo hasta una circunstancia *accesoria* de las prácticas de la doctrina Hahnemanniana, y que no solo la pongo en ejercicio personalmente, sino que invito persuadiendo á que la pongan en práctica, de manera que merced á esta determinacion mia, *todos mis* alumnos tendrán ocasion de verificar la verdad de una DOCTRINA hasta hoy vejada, en concepto de vd. por desconocida.»

Otra vez por partes, Sr. Redactor. Si he declarado que no es á la *homeopaticidad* á la que se deben los éxitos, entónces NO SOY HOMEÓPATA. No concibo la homeopatía sin la creencia en que los resultados sean debidos á la homeopaticidad.

En segundo lugar diré á vd., que no explico los resultados, desciendo á una circunstancia que vd. llama *accesoria*, la de las *dosis*

*infinitesimales*. Lea vd. con detenimiento mi carta, y se convencerá que yo no he dicho esto; solo he afirmado que el éxito *era debido á la accion especial, fija y determinada que el medicamento habia ejercido en el organismo*. En estas palabras me referí á lo que se llama vulgarmente acciones *fisiológica y terapéutica*. Si evité estas frases, fué porque no estoy conforme con ellas puesto que tienden á hacer creer que un medicamento, ó más bien una sustancia tiene distintos resultados en el organismo enfermo que en el sano. Si algunas veces esto parece suceder, es solo aparentemente; el medicamento siempre tiene la misma accion, y si los resultados aparentes varían, es porque las circunstancias han cambiado: de esto á que apele á las dosis infinitesimales para explicar lo que se llama vulgarmente éxitos homeopáticos, hay un abismo igual al que hay entre una explicacion empírica sin pruebas lógicas, y una explicacion científica.

En tercer lugar, Sr. Redactor, diré á vd. que es mucho decir que mis discípulos, merced á la invitacion que les hice de estudiar la *cuestion de dosis*, van á verificar la verdad de una doctrina hasta hoy vejada por desconocida.

Respecto á esto diré á vd., que para que no se les tache de ignorantes, y de que hablan de memoria de lo que no entienden, es por lo que les invité á estudiar personalmente en el terreno experimental. Pero sus resultados podrán ser afirmativos ó negativos. No pasa de un deseo en vd., muy natural por cierto, de que verificarán la exactitud de esa doctrina.

Me ha sorprendido grandemente la lógica de vd. al deducir que soy algo más que defensor de la homeopatía, y que tengo una decisiva conviccion por la doctrina de los *semejantes*, de que yo durante tres años (aunque no siempre), haya hecho experimentaciones á dosis que yo juzgaba insignificantes. Con vd. no hay medio. Si no experimento, soy un charlatan que habla de lo que no entiende; si experimento, soy un furioso homeópata. Si he experimentado durante tres años, es para que cuando dé mi opinion acerca de esta materia no se me tache de lo primero, y porque en las cosas de que yo dudo y voy á juzgar, sigo mi máxima favorita de Giordano Bruno que dice: *«Chi vuol perfettamente giudicare deve saper spogliarsi de la consuetudine di credere, deve l'una e l'altra contraddittoria esistimare egualmente possibile, e dismettere a fatto quell'affezione di cui è imbibeto da natività.»* He experimentado durante tres años haciendo lo que se llama *experiences pour voir*, y si mi conciencia estaba tranquila en esas experimentaciones, es porque les hacia el honor de creer que

los autores homeópatas debían decir la verdad. Siento infinito no poder decir á vd. el resultado definitivo de ellas, porque durante *tres años* de estudios ímprobos, no he podido aún formar un juicio completo de la práctica homeopática. Así es que yo debo ser muy tonto cuando durante *tres años* de estudios incesantes, ayudado con mis conocimientos médicos hechos durante otros trece, no he podido hacer lo que otras personas que de la noche á la mañana, con un *Manual de homeopatía y un botiquín debajo del brazo*, se lanzan intrépidos á los terribles azares de la práctica médica. ¡Quién como ellos tuviera su ciencia verdaderamente infusa!

La homeopatía no ha conseguido nada en la Escuela de Medicina, porque se haya discutido su doctrina, de la misma manera que el *naturismo* no ha conseguido nada porque se haya discutido la doctrina de Hipócrates, ni el *animismo* por la de Stahel y Van Helmont, y así con todas.

Solo la escuela actual que tiende á ser científica, es la que diariamente gana terreno, porque haciendo á un lado todas las explicaciones teológicas y metafísicas, se encierra en el círculo de hierro del positivismo.

Nunca confesaré el *e pur si muove* de la doctrina de Hahnemann porque soy positivista, y si vd. sabe bien las tendencias de la escuela filosófica llamada positivista, comprenderá que nunca adoptaré las *doctrinas fundamentales* de Hahnemann.

Basta ya, Sr. Redactor; esta carta va haciéndose ya demasiado larga; pero ántes de concluir permítame vd. que le diga, que si tengo tanto empeño en rechazar el epíteto de homeópata, tanto á nombre de mis discípulos como á nombre mio, es porque no quiero que se nos confunda con los que dicen:

Que «la vida es el resultado de la acción incesante de un principio inmaterial, dinámico ó virtual, llamado *fuerza vital*. Que la normalidad y la armonía de las funciones de esta fuerza constituyen el estado de salud, y su desacuerdo el estado de enfermedad.»

Que «para conservar la armonía orgánica, la fuerza vital reobra constantemente y en un sentido directamente contrario, contra toda modificación de cualquiera naturaleza que sea, que tienda á alterar su ritmo regular.»

Que «la enfermedad consiste en los síntomas, sin que haya necesidad de apreciar los signos.»

Que «quitando los síntomas se quita la enfermedad.»

Que «no hay afecciones locales, sino solo síntomas locales de afecciones generales.»

Que «es inútil el diagnóstico, la fisiología, la patología, la anatomía patológica, porque le basta al médico el conocimiento de los síntomas.»

Que «el remedio siempre y por siempre ha de ser homeopático.»

Que «solo obran bien cuando son homeopáticos y *porque* son homeopáticos.»

Que «siempre y por siempre han de usarse las dosis infinitesimales.»

Que «las medicinas tienen un poder *dinámico* mayor, á medida que la atenuacion es más exagerada.»

Que «cualquiera persona con un Manual de homeopetía y un botiquin puede declararse médico á la hora que mejor le ocurra, sin que tenga una educación científica debida,»

y. . . . otra multitud de cosas que hacen que los que gastamos lo más florido de nuestra vida en penetrar los secretos de la naturaleza, nos avergoncemos de que se nos tenga por homeópatas.

Por esto he dicho, y vuelvo á decir: «*Que la homeopatía, tal cual la juzgan sus fanáticos sectarios, nunca se sentará en el templo de la Ciencia.*»

¿Será vd. tan bondadoso, Sr. Redactor, que publique en su acreditado diario esta carta? Es la última vez que me atrevo á molestarle.

Como creo de su imparcialidad que lo hará, le anticipo las gracias, y vuelvo á repetirme á sus órdenes afectísimo S. S.

ADRIAN SEGURA.

P. S.—Circunstancias independientes de mi voluntad han hecho que hasta hoy, dia 30, le remita esta carta. Me han dicho que «La Patria,» «La Orquesta» y «El Combate» insisten en que he apostado de la Medicina, haciéndome homeópata, y me han asegurado que alguno de estos periódicos ha llegado á aconsejarme que habiéndome hecho homeópata debo renunciar mi plaza de catedrático de Patología general en la Escuela de Medicina.

Dé mi carta anterior se deduce claramente que *no soy homeópata*, por lo mismo no renunciaré la cátedra, sino por el contrario, mientras el Gobierno no me separe de ese cargo, procuraré patentizar á mis discipulos el *Ecce homo* de la homeopatía.

Si los diarios que he citado han dado, de buena fé, la noticia de mi apostasia, les suplico que publiquen en sus columnas esta carta, ó cuando ménos rectifiquen sus aserciones. Si no lo hicieren, creeré que una mano oculta y por lo mismo villaná tiene interés personal en desprestigiarme ante el público verdaderamente sensato.

ADRIAN SEGURA.

HONORES FUNEBRES.—El Dr. D. Francisco Gonzalez Carrasco, que acaba de morir, era uno de los más completos, de los más perfectos tipos de la abnegacion médica. No vivia realmente sino para el ejercicio de su nobilísima profesion, y en ese ejercicio, á la cabecera de los tifoideos que se curan en Churubusco, contrajo el horrible mal que le precipitó en la tumba. Su cadáver fué sepultado en la Villa de Guadalupe, pronúnciándose en el acto de la inhumacion varios discursos. Habló el Sr. D. Francisco Patiño, representante del Cuerpo Médico-militar, expresándose en estos términos:

SEÑORES:

«La muerte nos reúne hoy en torno de un sepulcro. Vamos á decir adios, y por última vez, á los restos de un hermano que á nuestro lado ha compartido las vicisitudes de la vida.

Para eso estamos aquí; muy pronto la losa de la tumba va á ocultar á nuestras miradas ese rígido cadáver; nos separaremos de él con la frente baja y el corazon comprimido, y el torbellino del mundo arrebatará á nuestros recuerdos los impulsos de esa existencia, á la que un dia nos unieron los dulces vinculos de la amistad; pero ántes es preciso darle nuestra eterna despedida, nuestro supremo adios.

Vosotros lo sabeis; él ha muerto víctima del cumplimiento de su deber; parecia que la muerte debía de respetar á aquel que, á la cabecera del moribundo, le disputaba su presa; pero cual si la fatalidad le hubiera combatido, cayó en el campo de la filantropía y de la ciencia, pagando así el indeclinable tributo á la naturaleza, y dejando el mundo en los momentos en que su porvenir aparecia más risueño.

Hay hombres cuya existencia es un suspiro, que pasan entre las generaciones á que pertenecen, silenciosos, caminando á su deber con la conciencia limpia, y que pasan, no entre las aclamaciones de la multitud, pero sí entre el respeto de los que encontraron á su paso, en este breve tránsito por la senda tortuosa de la vida: á esos perteneció nuestro amigo; de esos fué ese hombre que abrazó la carrera de la ciencia, no como una especulacion sino como un sacerdocio, y que iba tras el ideal de su vida siempre con paso firme y majestuoso.

La idea del bien de la patria llegó á herir su cerebro, y ansioso por vivir un momento en los campos de batalla, en ellos no fué á buscar el arma fratricida, buscó más bien las armas de las ciencias, y entre el fragor del combate, siempre tendió la mano al hermano, siempre se inspiró en los nobles sentimientos de su elevada profesion; era más bien

el guerrero de la caridad, y por eso todavía en la paz, cuando las banderas de la revolución se alzaban triunfantes, permanecía á la cabecera del enfermo y desafiaba al contagio de la peste que nos diezma, muriendo como mueren los buenos, firme en el cumplimiento de su deber.

Yo no vengo aquí, Señores, á pronunciar una oración fúnebre, ni estos son los momentos de despedirse con estudiadas palabras, de aquel que se lleva tras sí una gran parte de nuestros afectos; yo vengo á decir adios á mi compañero y á mi amigo, vengo á cerrar su tumba y á decir ante sus restos inanimados mi corta despedida.

El Cuerpo Médico me ha comisionado para hablar á su nombre, diciendo á nuestro hermano esas frases, mezcla de cariño y de tristeza, con que nos separamos de los que nos acompañaron en los diversos acontecimientos de nuestra vida. Yo creo interpretar los sentimientos del Cuerpo Médico, diciendo en su nombre que ha sufrido una pérdida dolorosísima; que no es tansolo el amigo predilecto quien se arranca de nuestros brazos para volar á las regiones de lo desconocido, que no sabemos si es luz ó sombra, sueño ó realidad. . . . . sino el profesor de clarísimo talento, el cirujano audaz, el ilustre médico, el que la sociedad entera llora amargamente; es el hombre que sintiendo que sobre la ciudad se cernia la nube de la peste, quiso alejarla, y como Franklin atrajo el rayo sobre su cabeza al pretender dominar la cólera de la fatalidad.

Él no puede vernos ya; él ha concluido su mision sobre la tierra; no podemos estrecharle la mano, pero sí enviarle algo como un latido de nuestro corazon para saludar esa vaga sombra que va á desaparecer para siempre. Oh! Señores, las lágrimas no manchan, cuando se derraman por los afectos puros del alma; no enjuaguemos las lágrimas que surcan nuestras mejillas al recordar á nuestro amigo muerto; dejémoslas caer sobre su tumba, y que ellas, fecundizando el suelo, fecundicen la siempreviva de nuestro tierno recuerdo.»

COMPENDIO DE MEDICINA LEGAL.—Se ha publicado la entrega 4.<sup>a</sup> de esta obra. Sus autores los Sres. Hidalgo Carpio y Ruiz Sandoval deben estar satisfechos de su trabajo, que diariamente ofrece mayor interés, porque llena una de las exigencias más apremiantes de los estudios médico-legales, cuyos conocimientos no podemos aprender bien en las obras extranjeras, escritas para otros países y para otra legislación diversa de la nuestra.

